

# *Estelas funerarias inéditas, con representaciones bovinas, en territorio arevaco-pelendón*

Teógenes ORTEGO Y FRÍAS

Es opinión compartida por historiadores, arqueólogos y etnógrafos, que en la Península Ibérica existió un antiquísimo culto al toro. Esta afirmación se basa en la abundante iconografía de las especies bovinas representadas en cuevas, abrigos, santuarios y yacimientos arqueológicos, desde el paleolítico superior hasta la época romana. De otra parte son numerosos los testimonios que evidencian concomitancias con las creencias y ritos del mundo mediterráneo (Egipto, Creta, Balkanes, Península Itálica y norte de Africa, especialmente) en los que el culto al toro, con la serpiente y la paloma, aparecen, en general, asociados a los ritos de fecundidad y a la Diosa Madre.

Aunque breves las fuentes escritas a este respecto, también contamos con el lacónico texto de Diodoro Sículo, donde el escritor de la antigüedad afirma, que los toros en Iberia eran animales sagrados que se ofrecían a los dioses. Este dato viene confirmándose arqueológicamente y, entre otros materiales, contamos, a su vez, con otras aportaciones significadas por los bronce votivos del Museo de Valencia de don Juan, en Madrid, en cuya composición escénica destaca la cabeza de un bóvido, y con su paralelo de mayor tamaño, procedente de Castelo de Moreira (Bajo Miño), en el museo portugués de Guimaraes. Ambos representan hechos colectivos que emanan del área indogermana.

El toro, como el caballo, son frecuentes en las monedas ibéricas que, aunque inspiradas en el simbolismo de prototipos griegos y romanos, posiblemente adoptan estas representaciones con carácter místico, aludiendo a cultos tribales. Dispersas quedan por la Meseta superior, las estelas discoideas con similar temática de toros y caballos, materializando creencias sobre la vida de ultratumba. De la Turdetania al país Vasco-Navarro, y de Lusitania al Levante peninsular, con-

tamos con otros muchos testimonios cuya sola cita nos llevaría más allá de los límites de este artículo. Pero sí hemos de centrar nuestras referencias en cuanto de mayor significación conservamos dentro del territorio arevaco-pelendón en el norte de la provincia de Soria, que comprende amplia faja de sus comarcas forestales y ganaderas, prolongada por los rincones serranos de la de Logroño.

El territorio en esta zona es, en general, quebrado y montañoso, con alturas que oscilan entre los mil y los dos mil trescientos quince metros sobre el mar. Densos pinares, robles y hayedos, extensos mantos de matorral, pastizales cubiertos de nieve en la época invernal, y fértiles vallejos donde prospera una agricultura de ciclo corto, condicionan un medio natural adecuado para el ganado vacuno, caballar, cabrío y lanar trashumante.

En este ambiente geográfico tiene lugar la sucesión cultural de los castros asentados en los montículos amurallados, con estacadas de piedra en sus cotarros, significando los más antiguos vestigios de la cultura céltica de La Meseta. La subsiguiente, celtibérica, más progresiva, se caracteriza por agrupaciones urbanas de mayor extensión, con habitáculos más confortables y robusto cerco de murallas, bien dispuesto para la defensa. Numantia, Suavia, Canales, Visontium, Contrebia, Aregrada, Augustobriga y Burado, figuran entre las principales ciudades, para cuyo conocimiento partimos de las sistemáticas excavaciones y estudios de Mérida, Schulten y Blas Taracena, realizados en el primer cuarto de este siglo.

El Museo Provincial de Soria, donde quedaron refundidos el monográfico Numantino y el Celtibérico, atesora en sus fondos numerosas representaciones bovinas de significación ritual, que testimonian el generalizado culto al toro, vigente ya desde la etapa preindoeuropea de la cultura de los castros.

Entre los ejemplares esculpidos figuran pequeños toros de barro cocido, el más completo de los cuales, de 27 cm. de longitud por 14 de altura, se representa en actitud de reposo, con la cola tendida sobre el lomo, según fórmula frecuente en las esculturas anterromanas.

Modeladas con esmero se distinguen dos cabecitas de toro de barro rojizo, con ojos y orejas muy acusados y breve cornamenta. La primera debió pertenecer al arranque del asa de algún vaso de ceremonias; la segunda, más deteriorada, está decorada con pinturas lineales negras, formando una swástica y otras combinaciones geométricas.

No faltan objetos de bronce con representaciones de toros. Destacan fíbulas de expresivo relieve y gran solidez, aunque en reducido

número respecto de las que representan caballos en diverso grado de estilización.

Como fragmento de pátera, remate de asas y amuletos, quedan otros ejemplares que multiplican la devota proyección objetiva del animal sagrado.

A estas muestras escultóricas debemos añadir las numerosas referencias al toro en los vasos pintados y recipientes cerámicos de todo tipo, frecuentemente estilizados, con gran efecto decorativo y complejo simbolismo.

En un caso, como tema único, aparece una cabeza de toro en visión frontal. Corresponde a la etapa pictórica numantina en la que el sentido naturalista propende a la estilización; los espacios libres se rellenan con líneas angulosas partiendo de una banda ajedrezada sobre el morro.

De gran efecto simbólico y ornamental es la figura de un toro, desarrollada sobre la parte superior de una gran tinaja, con verdaderas facultades pictóricas. Dan corporidad a los flancos de la res dos ruedas solares con sus paletas radiales implicando movimiento, y en su conexión lineal a lo largo del perfil del toro, dan también representación genésica a la figura. Rellenan los espacios libres de la banda decorativa, dentro y fuera del tema, espaciados circulitos astrales de relleno cruciforme, unidos por líneas acordonadas, serpentiniformes y fina triqueta hacia el centro vital. De la parte anterior arranca en graciosa curvatura el acusado morrillo del cuello que gravita sobre la testa dibujada en visión frontal con aguda cornamenta y belfo hendido prolongado en serreta, para terminar en finas volutas. La cola voltea sobre el lomo terminando su recargado dibujo en apéndice bífido. Los espacios perfilados del tronco y extremidades se decoran con rellenos geométricos de combinaciones lineales o buscando efectos de claroscuro. Otros recipientes, y algún vaso incompleto, nos ofrecen tema similar, más simplificado.

Interesante también, es la decoración de un fragmento representando un varón cuyos brazos aparecen enfundados con sendos cuernos, en expresiva actitud de danza ritual.

No menos significativas en el campo etnográfico, son las fiestas populares celebradas en la región —acaso equinociales en sus orígenes y trasladadas al solsticio de verano—, como reminiscencia de viejos cultos solares relacionados a su vez con el toro, motivo inseparable en las fiestas jubilares conmemorativas, que justifican su razón de ser y prestan vigor tradicional y permanencia a estos espectáculos, desde la lucha viril por la captura y dominio del bóvido, hasta su

muerte y consumición colectiva entre todos los participantes en el ritual proceso de la fiesta.

Como testimonio gráfico de sus remotos orígenes contamos entre las pinturas rupestres de Cañada Honda, en el monte Valonsadero, de Soria, con una escena notable, que representa un toro visto lateralmente, dominado por un hombre asido a su cornamenta. La bestia lleva sobre la cruz y las ancas dos haces verticales, posiblemente dispuestos para ser convertidos en luminaria, mientras el hombre se libera del riesgo con una especie de muletilla, para dar salida al animal. A lo largo de las cañadas flanqueadas de cantiles con vanos de fácil bloqueo, el «toro de Fuego» había de constituir un tremendo espectáculo en la noche tumultuaria y orgiástica de las tribus prehistóricas de hace unos tres milenios.

En nuestros días, estas fiestas de raíces tan remotas, han evolucionado al compás de los tiempos, y se celebran en Soria en el solsticio de verano, teniendo como entronque y secular punto de partida turómaco y campero, este mismo paraje de Cañada Honda. Fiestas de exaltación pagana, asociadas en sus aspectos religiosos a un santo titular, llevan actualmente los expresivos nombres de Fiestas de la Madre de Dios, o de San Juan.

Con gran espectacularidad ha venido celebrándose en Medinaceli de día del «Toro Júbilo», así como en Duruelo, Covaleda, Navaleno y otros pueblos de la serranía soriana del norte, con atenuadas variantes, sin que tengamos ahora en cuenta su jubilar pervivencia por tierras de Aragón y Levante, cuyo carácter atávico y peculiar pintoresquismo, constituye un motivo turístico reviviscente y un tema apasionante para escritores costumbristas.

#### LAS ESTELAS FUNERARIAS CON REPRESENTACIONES BOVINAS

*Valloria.*—En la jamba izquierda de la entrada a la iglesia parroquial de Valloria se encuentra una estela de durísima arenisca del país, que mide 1,50 × 0,30 × 0,18 metros, recortada en uno de sus laterales a los que se adapta la mampostería del muro, y por el lado opuesto el marco de la puerta de ingreso. En la cabecera de la lápida se dibuja un círculo sobre cuello con dos orejetas en la base, como síntesis interpretativa de la joven difunta a la que fue dedicada (fig. 1).

En seis líneas se desarrolla la inscripción con letras insculpidas de 4,5 cm. de altura, de la que, con alguna reserva, damos la siguiente transcripción:



FIG. 1.—*Estela funeraria de Valloria (Soria).*

TEM(eiae) FLA(via) F  
 F(ilia) AN(norum) XXV  
 H(ic) S(itus) E(est) ANT(onia)  
 MON(tana) MATER  
 PART(h) EN(a) E  
 F(aciendum) C(uravit)

Estaríamos ante una estela funeraria corriente en el mundo provincial hispano-romano, si no encontráramos grabada a sus pies la escena de una vaca amamantando a su cría. El paralelismo maternal de ambas especies podría tener una elemental relación, pero entendemos lleva implicada esta figura un alcance de orden superior, sobre el culto a los bóvidos y sus relaciones con ideas de ultratumba, por su repetición en dedicaciones similares según iremos viendo.

Otra lápida de pizarra, reducida a un trozo de inscripción, se encuentra sirviendo de escalón en una vivienda del mismo pueblo. Lleva incisas cuatro líneas de las que por su situación vemos con dificultad las dos primeras y sólo apreciamos con seguridad las dos finales:

VESTIA OAN  
 DISSEN...  
 LVCI(a) F(ilia) AN(norum) XI  
 H(ic) S(ita) EST.

Recortada para su adaptación, ha desaparecido el comienzo de la inscripción y los símbolos que pudiera llevar en su origen.

Interesa consignar que, un kilómetro antes de llegar a Valloria, en la margen derecha del Cidacos, sobre un montículo cuyas pendientes avanzan hacia el río, aparecen cimentaciones y restos evidentes de un castro celtibérico que mantuvo vida propia incluso en la época romana.

*Vizmanos.*—A cuatro kilómetros de Valloria, por el mismo paisaje modelado desde la sierra de Montes Claros hasta el curso fluvial, se encuentra el pueblo de Vizmanos. Ochocientos metros al sur de esta localidad, sobre un cerro de pinas laderas, tuvo asiento un castro fortificado. Dentro de su recinto se construyó la ermita de Nuestra Señora de Valdeayuso cuya modesta fábrica románica se vio dignificada por secular y devota tradición popular. En su obra medieval se utilizaron estelas funerarias de tipo similar a las que venimos estudiando. La primera aparece en el umbral de la puerta de entrada,



*FIG. 2.—Lápida en el umbral de la ermita de Vizmanos.*

recortada en toda su longitud por ambos costados para adaptarla a la anchura de las jambas, por lo que queda lastimosamente mutilada la inscripción. No obstante podemos reconstruirla, dentro de posibles variantes, como sigue:

[An]TESTIA(e)  
 [LICI]RANA(e)  
 [Mati]ENI FIL(iae)  
 H(ic) S(ita) E(st)

El sobrenombre de Antestia puede ser también Matu-rana, Ebur-rana, etc., así como el nombre paterno variar en Arr-eni, Ebur-eni, incluso Rectug-eni, forma indígena del Retógenes numantino de los textos clásicos. Los años desaparecieron al desbastar la lápida. Arriba queda, esculpida a puntero, la cabeza de la difunta reducida a silueta de simple contorno prolongado para acusar cuello y hombros. En la cara lleva un repicado posterior, señalando ojos, nariz y boca (fig. 2).

Debajo de la inscripción aparece estilizada la figura de un cuadrúpedo al que falta la cabeza. Su línea esbelta y proporciones parecen corresponder a un caballo, con lo que tendríamos al lado de las representaciones bovinas de tantos paralelos en el mundo mediterráneo, una prueba de las influencias centroeuropeas, de vieja raigambre, generalizadas entre los cántabros vadinienses y regiones afines, de cuyo conjunto, el Museo de León nos ofrece uno de los grupos más representativos.

La estela mide  $1,85 \times 0,23 \times 0,14$  metros en cuanto queda de la misma.

En el interior de la ermita queda otra lápida aprovechada para asiento en el rebanco del presbiterio hacia el lado del Evangelio. Mide ésta  $0,80 \times 0,40 \times 0,16$  metros. Lleva una inscripción de cinco líneas con un alarde de curiosos nexos que intentamos salvar en la siguiente lectura:

AEMILIVS  
 MATERNVS  
 HIC SEPVLTVS  
 EST AN(norum) XXXX  
 C(um) VX(ore) ET F(ilio) ET MAT(e)R[n]O  
 O(bit) AN(norum) LXVII  
 TE(rram) L(evem) (h) BIAT



**FIG. 3.**—*Lápida utilizada en el banco del presbiterio de la ermita de Vizmanos.*

Sobre la línea incisa que delimita el campo de la inscripción, se dibuja, con la misma técnica de la anterior, la silueta de la cabeza de los dos difuntos, fórmula ya conocida en otra estela procedente de Yanguas en esta misma comarca, conservada en San Juan de Due-ro, y en esporádicos ejemplares localizados en Burgos, Avila, Alava, Santander, etc.

La base de la lápida quedó cortada, por lo que seguramente desapareció la alusión al culto ritual representado por el bóvido (fig. 3).

Otro fragmento, que pudo ser la parte baja de la estela a que aludimos, y cuya exacta correspondencia no se podido apreciar por encontrarse las uniones desplazadas y revestidas de yeso, ostenta únicamente la figura esquemática de un toro ,trazado a golpe de puntero, según fórmula habitual visto de costado y en marcha hacia nuestra izquierda con la cabeza vuelta al frente. Se repite, por tanto, su simbolismo, según dejamos indicado, en relación con ultratumba (fig. 4).



FIG. 4. Trozo de lápida con un toro insculpido, en la ermita de Vizmanos.

Algunas lápidas más, quedan ligeramente desbastadas a lo largo del banco que recorre el presbiterio e interior de la nave, y cabe exista entre ellas alguna otra del mismo carácter, ocultando la cara epigráfica.

El estudio que habré de realizar de este castro desconocido, nos revelará los orígenes y posible perduración del mismo, con sus ritos funerarios tradicionales entre las tribus que ocuparon este serrano territorio pelendón, en el que a través de estos testimonios gráficos y de algunos otros vestigios dispersos, se dejan sentir los influjos de la romanización.

*Vellosillo.*—Unos veinte kilómetros al norte de Veguizas, siguiendo el camino vecinal hasta Yanguas y desviándose por un ramal tortuoso hacia oeste, se llega a la aldea de Vellosillo. En la fuente pública aparece colocada transversalmente otra estela de arenisca consistente, con indicios de reutilización para engastar los caños. Presenta el mismo carácter de las anteriores y se halla recortada en su costado derecho hasta afectar a la inscripción y a los símbolos incisos (fig. 5).

En cabeza lleva tres discos trazados a compás; dos laterales semejantes y uno intermedio de menor diámetro, cuyo conjunto interpretamos como alusiones astrales. En sus siete líneas de distribución uniforme y cuidadas versales leemos:

Q(uintus) A(nto)  
NIVS BO  
NUS A(nnorum)  
LXX HIC [se-  
PVLTVS [e(st)  
CVRAVI (t)  
T(itulum) F(aciendum)

Debajo de la inscripción, en la que falta el nombre del dedicante, aparece una pareja de bóvidos adultos colocados en similar posición lateral afrontada, pero con la cabeza vuelta hacia el espectador, según diseño estereotipado en este tipo de representaciones. A pesar de su actitud tranquila, dan a las figuras un aire de reto.

*Yanguas.*—Desandando el camino de Vellosillo volvemos a la histórica villa de Yanguas, en cuyo término tuvo asiento una colonia romana al borde del camino de montaña que por el curso del Cidacos enlaza la Celtiberia con el valle del Ebro.



FIG. 5.—*Estela de Vellosillo (Soria).*

Cerca de una senda en la barrancada próxima al pueblo, apareció otra lápida incompleta, removida y aislada, que oportunamente pudimos recoger para ingresarla en el Museo de Soria. Recortada irregularmente, mide 0,55 metros de altura por 0,11 de grueso (fig. 6). Esta gran laja de piedra silícea compacta y dura, presenta en la superficie natural la siguiente inscripción:

.....  
I V L I V S  
G E M E L (l) V S  
A N N O R V (m)  
X X X X V

Desaparecida la cabecera, cabe suponer llevaría algún símbolo astral o esquema de cabeza alusiva al difunto coronando la inscripción que se nos queda incompleta. En la base aparece el toro torpemente insculpido con puntero, manteniendo el habitual sentido figurativo parado con la cabeza vuelta.

La otra estela de Yanguas —igualmente inédita— a la que hemos aludido incluyéndola dentro de este grupo por llevar una silueta de cabeza humana incisa sobre la inscripción, estuvo metida en obra y aparece con un corte en ángulo recto con vértice hacia el interior de la cabecera. La inscripción en torpes versales queda íntegra, y aunque con alguna letra borrosa la transcribo así:

M I N I C I  
A V A L E R I  
F I (lia) P I A  
V X O R  
T I T I A N I H (ic)  
S E P (ulta) E S T  
A N (norum) X X V

Solamente se encuentra un nexa en la AN de la 5.ª línea.

La parte inferior queda cortada habiendo desaparecido el espacio donde posiblemente campeaba la figura de algún bovino según era habitual en este tipo de estelas. Pasó al Museo epigráfico de San Juan de Duero (Soria).

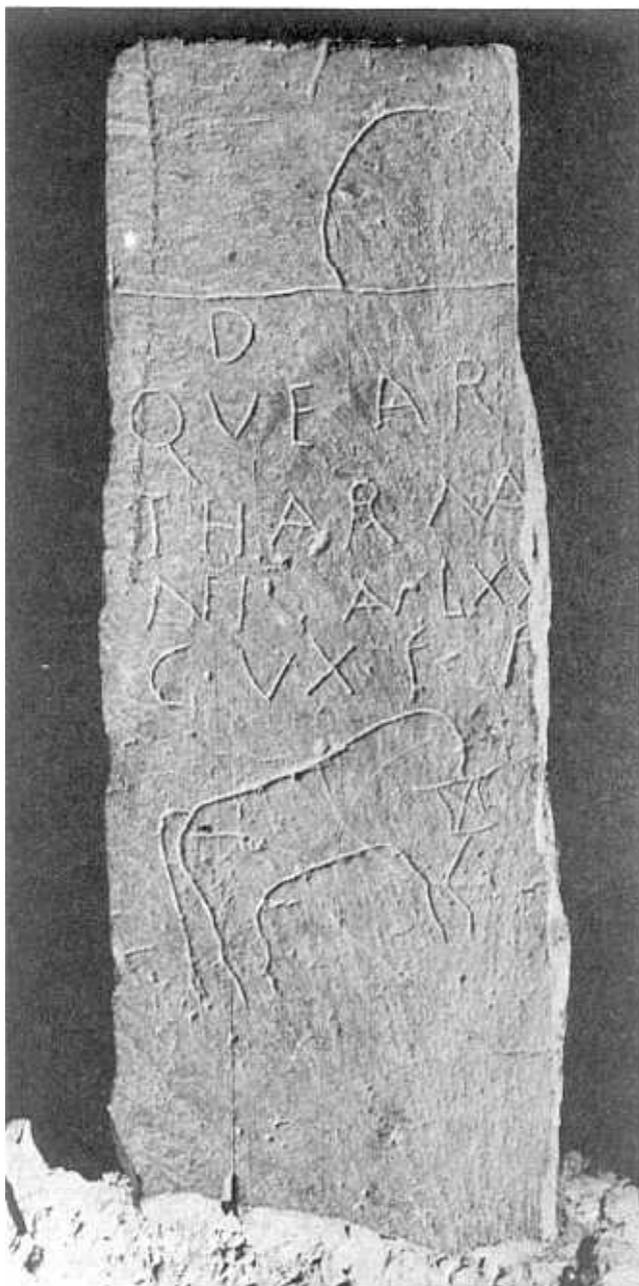
*El Collado.*—Más hacia el sur y desviándonos por la carretera de Oncala, en el mismo territorio pelendón, se llega a la aldea de El Co-



FIG. 6.—*Estela de Yanguas (Soria)*.

llado, en una de cuyas casas, sirviendo de poyato a la entrada, advertí, al pasar, otra interesante estela con inscripción funeraria por ambas caras. Se trata de una pieza de  $0,93 \times 0,33 \times 0,18$  metros, sin otra preparación que el simple desbastamiento lateral, conservando en las caras anterior y posterior la superficie plana natural (fig. 7).

La estela fue utilizada en el anverso y reutilizada en el reverso con la misma dedicación a los dioses manes, aunque por distintas personas. Cortada longitudinalmente se conserva algo más de la mitad de su anchura. La primera utilización parece corresponder a la



**FIG. 7.**—*Estela de El Collado (Soria). Cara anterior. (Foto T. Ortego.*

cara más lisa. Arriba lleva silueteada la cabeza del difunto apoyada en la línea de los hombros. La inscripción se desarrolla en cinco líneas mutiladas cuyo texto podría completarse como sigue:

D(is) M(anibus)  
 QVE(ntius) AR[...]  
 THAR MA[ter]  
 NI(filius) AN(norum) LXX[X o V]  
 C(ara) V X(or) F(uscina) F(aciendum) [C(uravit)]

Debajo se repite la figura del toro según la fórmula usual, pero con la particularidad de llevar un aspa encajada en la superficie del testuz. No queda centrada esta figura por lo que es de suponer existiera otra similar afrontada, al modo de la de Velloso, en la parte desaparecida de la estela.

La reutilización posterior queda patente en la otra cara más defectuosa en su lisura natural (fig. 8). Se invocan igualmente a los dioses Manes y toda la inscripción queda cortada dificultando su lectura de la que apuntamos el siguiente texto:

D(is) M(anibus) S(acrum)  
 VRS(ula) V[al(eri)]  
 FVSCI [F(ilia)]  
 LVPIAN [E FI]  
 LI SVE [AN (norum)]  
 XV [...P(lus) M(inus)]

Las letras interlineares son muy irregulares. Rubrica esta dedicación el toro insculpido lateralmente, cuyo dibujo torpe refleja, como la inscripción, el indigenismo rústico que caracteriza a tales obras en estos apartados lugares tardíamente romanizados.

La estela en cuestión fue aprovechada como dintel de ventana al construir la casa de curato. Entonces se grabó la tercera inscripción superpuesta con esta fecha: Año 1649. Una cruz sobre orlada peana, viene a cristianizar las fórmulas paganas. Derruida la casa, pasó la estela a la situación en que ahora la encontramos.

Estos datos recogidos en nuestras reiteradas visitas a los pueblos sorianos, constituyen valiosos ejemplos que vienen a ilustrarnos sobre la presencia del culto al toro y su vinculación a los ritos funerarios.



**FIG. 8.**—*Estela de El Collado (Soria). Cara posterior. (Foto T. Ortego.)*

Los bóvidos considerados animales sagrados, debían su carácter sobrenatural a su poder genésico y vigor físico, suscitando un complejo mágico-religioso que ha pervivido en el territorio arevaco-pelendón, y aunque a partir de la época de Augusto la influencia de la conquista y la tardía cristianización del país se dejaron sentir, es evidente que la población indígena mantuvo su espíritu de independencia y sus viejas tradiciones, que muy lentamente fueron alterando su singular primitivismo para incorporarse a la lógica evolución de los tiempos.

Soria, 1973